

Prefacio

Gadir, el Círculo del Estrecho y los primeros estados del Extremo Occidente atlántico

1. EL CÍRCULO DEL ESTRECHO, EL ATLÁNTICO Y LA CIVILIZACIÓN PRECOLONIAL PENINSULAR

Desde un principio orientó nuestro trabajo un férreo deseo de abordar de manera conjunta la historia prerromana de ambas orillas del Estrecho aunque, de manera contraria a lo que viene siendo tradicional, concretando una propuesta explicativa de los desarrollos que se producen en el Extremo Occidente desde el Atlántico. En este sentido no hace mucho que la pertinaz contundencia de los hallazgos nos anunció un «cambio de rumbo» (Mederos, 1997), histórico e historiográfico, basado en la temprana incorporación de intereses y colectivos atlánticos en el hervidero mediterráneo. Esto nos hizo reconsiderar que no todo viene de Oriente, aunque sí lo hagan de momento las fuentes escritas. De ahí que el enfoque esencial de la monografía insista claramente en encarar una revisión crítica de un conjunto de posturas determinadas por el peso de la historiografía más conservadora que han venido condicionando el avance de los estudios específicos arrebatándole al ámbito cultural, económico y político atlánticos cuanto le pertenece debido al escaso peso tradicionalmente concedido frente a la antigüedad de los estudios orientalistas y clásicos.

Resultaba esencial en esta propuesta explicativa partir del estudio de las distintas sociedades del complejo Bronce Atlántico, fenómeno histórico que, a través de las nuevas cronologías, señala ya abiertamente para la región del Estrecho y desde el Bronce Tardío un encuentro cultural de intereses

entre tradiciones culturales, náuticas, tecnológicas y productivas paralelas. Las crecientes pruebas que nos vamos encontrando de éste excluyen, pues, la superioridad civilizadora de Oriente tal como siempre se ha defendido, y, por supuesto, el conjunto de acciones de intercambio desigual, a favor de una nueva concepción global de proceso histórico confluyente. Profundizar en las condiciones históricas en las que éste se produce y en la evolución particular de las formaciones sociales del Bronce, tanto en Oriente como en las comunidades atlánticas, hoy más que nunca se nos presenta como un hito obligado de la investigación de los próximos años. Sin que creamos ingenuamente en la entrada de nuestro debate en una nueva época presumiblemente marcada por la inexistencia de condicionantes ideológicos previos, no estaría de más apostar por una más explícita contextualización histórica, más que historiográfica, de nuestros presupuestos teóricos haciendo alarde con ello de una recomendable dialéctica del investigador con sus propias fuentes y la de sus contrarios.

No menos importante resultaba nuestra intención por construir esta hipótesis explicativa desde la dialéctica histórica interna del sudoeste peninsular y, con ella, enmarcándola en el crucial debate sobre la aparición de las primeras formas de estado con todas las consecuencias que sobre ella, en un sentido u otro, suponía este hecho en los distintos colaboradores que participaban en este trabajo. Fue esencial también, por supuesto, que bajo interpretaciones muy distintas y distantes, prevaleciera un enfoque social de estas lecturas.

Otro de los objetivos esenciales era el de analizar la evolución interna del resto de las ciudades-estado del Estrecho (*Lixus, Malaka, Thamuda, Tingi...*) que, de forma paralela a Gadir, fueron consolidando sus propios territorios y desarrollos políticos locales. Aunque en los complejos procesos historiográficos que han asistido a estos estudios no han faltado propuestas neo-difusionistas que otorgaban a Gadir ahora cuanto se le había arrancado a Cartago, siempre ha sido prioritario para intentar reflejar la complejidad de estos procesos no convertir ahora a la primera en monopolizadora del protagonismo de los procesos iniciados en todo el Extremo Occidente atlántico.

Finalmente y a pesar del nivel de especialización científica alcanzado, en todo momento resultó prioritario potenciar la transmisión social del conocimiento alcanzado en la convicción de que nada de cuanto avancemos será realmente importante ni duradero si no lo transferimos a los ciudadanos y si no transmitimos con ello la necesidad urgente de actualizar y defender nuestro patrimonio como un proceso de construcción y reconstrucción permanente de nuestra identidad. Por ello, pese a lo que pueda parecer por lo ambicioso de sus fines, nunca hemos pretendido en esta monografía definir certezas, sino más bien abrir procesos de revisión, sembrar dudas, sentar a la mesa un conjunto heterogéneo de invitados con el propósito de avanzar en nuestra lucha por esclarecer, poco a poco y con el esfuerzo de todos, nuestro pasado y, sobre todo, sus posibilidades para ayudarnos a construir un futuro más justo, culto y solidario.

2. ARQUEOLOGÍA Y ENFOQUE SOCIAL EN EL SIGLO XXI

La posmodernidad nos ha traído a las ciencias un buen número de modelos, enfoques y pretextos. En nuestra disciplina, por ejemplo, la *Nueva Arqueología* a través de la arqueometría ha vestido de ciencia los vicios normativistas afines a las viejas ideologías presuntamente rejuvenecidas por el empuje de las técnicas del mundo occidental.

Algunos usos de técnicas como la difracción de rayos X, la microscopía electrónica de barrido o la espectroscopía de plasma conviven así en un caldo de cultivo sospechosamente ajeno al principio de que no existe ciencia objetiva ni historia sin ideo-

logía. Por este camino las distintas estrategias de investigación se convierten en poco más que un «pre-texto» de estos contenidos ideológicos armados en el normativismo con los que la arqueología tradicional se pone su «traje de domingo» y adopta una pose científica sujeta a referentes del historicismo cultural que no es más que un reciclaje práctico de éste en línea con el difusionismo y los modelos procesuales reactualizados. Por ello, aun refugiándonos en las técnicas más avanzadas, de igual manera que hace décadas descubrimos que no existe una arqueología inocente, tampoco cabe por tanto hablar de un arqueometría inocente que, desde posiciones supuestamente eclécticas, en línea con la posmodernidad más ambivalente, disfrace de ciencia objetiva lecturas arqueológicas que ya conocíamos como afectas al historicismo cultural (Ramos et al., 1998: 224-225).

Por otra parte es necesario subrayar que, frente a criterios adaptativos funcionalistas, el hombre se relaciona con la naturaleza para transformarla apropiándose, explotándola a través de su trabajo. Y son precisamente los grupos privilegiados de cada formación social los que planifican, dirigen y gestionan de manera intencional e interesada las acciones productivas (Vargas, 1986: 67-69) encaminadas a esta explotación de los recursos. Pero para su estudio las integramos en las categorías de modos de producción, uso y distribución conformando un complejo en el que las fuerzas de trabajo, los instrumentos y medios de producción, las formas de apropiación y las condiciones sociales de ésta, las formas culturales y las representaciones ideológicas del poder confluyen de manera cotidiana a través de los modos de vida elaborando la forma específica final o formación económico-social y cuyo desarrollo histórico planteamos estudiar (Gándara, 1993: 14).

Como nadie discute que una sociedad no existe en un vacío, sino formando parte del medio que le rodea y condicionándolo de igual forma que resulta condicionada por las relaciones dialécticas que establece con éste, resulta imposible cualquier intento de reconstruir un desarrollo histórico sin contar con la participación de aquellos científicos capaces a través de sus técnicas más específicas de caracterizar específicamente el medio del que venimos hablando de manera multidisciplinar (A.A.V.V., 1979: 89). De ahí la incorporación a este estudio histórico de colaboraciones de compañeros que, procedentes de otras disciplinas o más versados en estudios de aspectos cercanos al

medio geográfico y físico, han contribuido desde estos campos a delimitar este medio y sus posibilidades para las distintas formaciones sociales que históricamente lo han poblado.

Con todo, sin una propuesta específica de explicitar las implicaciones sociales de estos estudios, esta recomendable colaboración entre arqueólogos y científicos de otras áreas sólo potenciaría líneas inocentes de un matiz ecléctico postprocesual que reducirían la complejidad de los procesos a puras caracterizaciones materiales y tecnológicas desprovistas de contenido social. En ese sentido, y muy en contra de lo que defienden investigadores de disciplinas que parecen atesorar el calificativo de científicas, no está de más recordar que ningún medio técnico que se utilice, por muy avanzado y sofisticado que sea, será capaz de responder a las preguntas que no se le han formulado. Y para ello resulta esencial la elaboración de los principios teóricos de nuestras investigaciones porque, de igual forma que a nivel humano, la existencia sin conciencia es como un paseo por las estructuras materiales bajo ideales «blandos»,

la Historia sin ideología es pura ingeniería del pasado; un mapa conceptual de los vectores población, tiempo y espacio; geometría plana de hechos, personajes y relatos (Domínguez Pérez, 2002: 295).

Cuestión bien distinta es caracterizar esta aspiración a construir desde posiciones teóricas y disciplinas científicas tan dispares una historia a la que pudiéramos reconocer sus preocupaciones sociales. Ciertamente se podría haber elaborado un discurso explicativo más homogéneo y más coherente con el modelo teórico materialista histórico que siempre hemos defendido en nuestros trabajos. Pero en un intento claro por huir de cualquier tipo de dogma, en esta monografía, atenta a la evolución de la ciencia histórica, de la antropología, la arqueometría, la economía y otras disciplinas afines, se ha optado por una actitud abierta a la diversidad de planteamientos (evolucionistas, difusionistas, procesualistas, postprocesualistas, materialistas históricos o culturales,...), algunos claramente dispares, desde los que se pretende de un hecho histórico su enfoque social. Por todo ello el lector encontrará en estas páginas un reconocimiento explícito a las posibilidades explicativas de cada lectura en su afán de intentar reconstruir una historia global.

Como no podía ser de otro modo, este intento toma forma a partir de posiciones teórico-metodológicas muy dispares y alumbrando explicaciones singulares en la línea de lo que hemos considerado —en un sentido muy amplio— *social*. Pero de igual forma que no se ha pretendido, en aras de la pluralidad, unificar estas posiciones, tampoco se ha procedido a acotar esta interpretación de lo que cada cual entendía de la lectura social. Somos conscientes, no obstante, que con ello se nos puede achacar cierta falta de coherencia teórica global, pero en el plan de la obra se prefirió dar por buena esta limitación ante la envergadura y trascendencia del debate científico que se pretendía abordar.

3. EL CÍRCULO DEL ESTRECHO: CONCEPTO HISTÓRICO, ESTEREOTIPO Y REFERENTE HISTORIOGRÁFICO

No menos debate genera el manido uso que se hace en la actualidad del concepto de Círculo del Estrecho, expresión historiográfica sometida a enfoques e interpretaciones presentistas que, a fuerza de ser utilizada con presupuestos teóricos dispares, ha pasado a convertirse, más que en una conceptualización de un fenómeno histórico complejo, en un dogma posmoderno muy alejado de la visión del propio Tarradell. Consideramos por ello que la historiografía específica debe ser, pues, la herramienta fundamental a la hora de poner el debate en su justo lugar. Con este fin se inicia esta monografía con un amplio capítulo (Domínguez Pérez, *El estatus de Gadir y el Círculo del Estrecho en la historiografía del siglo XX*) que pretende poner en orden cómo han evolucionado los estudios específicos sobre esta región histórica desde sus inicios y centrando muy particularmente su interés en la ruptura con el historicismo (Arteaga, 1995), el enfrentamiento entre los paradigmas difusionista e indigenista, la recuperación del africanismo como explicación histórica marginada por la historiografía conservadora (Ramos et al., 2008b), así como en la inclusión del Atlántico en los procesos históricos tradicionalmente explicados desde el Mediterráneo (Mederos, 1997; Aubet, 2000) y en la reivindicación de la identidad del mundo fenicio occidental, hitos historiográficos trascendentales que se producen sólo hace poco más de veinte años (Schubart y Arteaga, 1986).

En este intento, no obstante, además de la propia complejidad del concepto, habría que reconocer que definir sus límites tampoco es tarea fácil. Con este fin se han emprendido algunas iniciativas recientes. Así, por ejemplo, se ha intentado definir su marco físico desde la geoarqueología, intentos dedicados en un principio más a la costa andaluza mediterránea (Hoffman y Arteaga, 1999), la desembocadura del Guadalquivir (Arteaga y Roos, 1992; Roos, Schulz, Arteaga et al., 1995) o la Bahía gaditana (Arteaga, Schulz y Roos, 2008), que se han visto complementados más recientemente por el análisis de la orilla norteafricana (Domínguez-Bella y Maate, Coords., 2009). También han venido acompañados estos intentos de otros enfoques como el análisis geopolítico del área histórica (Chaves y García, 1991; Arteaga, 1994; Niveau, 2001), unas veces basándose en su cultura material (Callegarin y El Harrif, 2000; Sáez, Díaz y Sáez, 2004) y otras en la propia tradición historiográfica, fenómeno que viene siendo revisado con el paso de los años (Fernández Miranda y Rodero, 1995; Domínguez Pérez, e.p.).

Con todo, no está de más recordar que Miguel Tarradell elabora el concepto de Círculo del Estrecho partiendo de una herramienta conceptual basada en los círculos culturales (*Kulturkreise*) de Schmidt (que lideraba junto a Graebner y Bastian la llamada Escuela Histórica de la Cultura alemana), de perfil claramente difusionista y evolucionista. A ésta incorpora, procedente de los estudios de los prehistoriadores, otros conceptos como el de *área cultural* del difusionismo de Kroeber y el de *cultura arqueológica* de V. Gordon Childe, exportándolos a la protohistoria y creando con ello un complejo conceptual que incorporaba también el enfoque africanista de Bosch-Gimpera y de Pericot.

Lo que Tarradell pretende mediante este concepto es consagrar la unidad de los rasgos culturales fenicio-chipriotas a partir del estudio de la cultura material de ambas orillas del Estrecho en las que establece como argumentos diferenciadores la pervivencia del engobe rojo después del VI a.n.e., la similitud de los tipos de enterramientos y prácticas funerarias y la identidad del patrón de poblamiento basado en la coexistencia territorial de ciudades, factorías y mercados. En su propuesta considera este territorio, no obstante, como periferia de Gadir, que actúa como centro original difusor de este modelo cultural.

Pero en esta línea teórica no fue el único. También el profesor Pellicer, por ejemplo, en el V

Symposium de Prehistoria Peninsular celebrado en 1968 en Jerez, presentaría su ponencia sobre las cerámicas a torno pintadas andaluzas aplicando el viejo lenguaje de los círculos culturales al problema de Tartessos y distinguiendo tres círculos: el de la costa meridional (fenicio), delimitado a partir del barniz rojo; el del sudeste; y el sudoeste peninsular (tartésico), reconstruido a partir de la cerámica bruñida y pintada con motivos geométricos (de tipo Carambolo).

Esta concepción de círculo cultural, a pesar de haber servido para demostrar con el tiempo la existencia de una (com)unidad histórico-geográfica en todo el ámbito fenicio extremo-occidental, nunca fue capaz de explicar la dialéctica histórica de esta misma región a nivel interno (dialéctica tartesio-turdetana o púnico-mauritana) ni externo (dialéctica fenio-púnica/cartaginesa). Tarradell proponía con ello una réplica a la existencia del Círculo del Bronce Atlántico que, desgraciadamente, no desarrolló más que en trabajos menores e indirectos.

Tampoco resultaron acertados los «fósiles-guía» utilizados para esta caracterización regional de Gadir frente a la de Cartago (las navajas de afeitar y las máscaras de terracota), procedentes de su filiación fenicio-chipriota, puesto que todos, salvo la pervivencia de la cerámica de barniz rojo, se mostraron con el tiempo claramente erróneos. Y no menos erróneos resultaron los límites cronológicos señalados en el siglo V a.n.e., fruto de la falta de trabajo de campo y los pocos avances de las técnicas de datación de la época. Al margen de esto, como ya señaló el profesor Arteaga, Gadir rompería desde el siglo VI a.n.e. sus estrechos vínculos con el mundo fenicio-chipriota y, lejos de ser este hecho una base explicativa esencial, es precisamente a partir de este momento cuando se consolida la compleja realidad que venimos revisando conceptualizada como Círculo del Estrecho, dotada de una personalidad específica muy alejada del referente oriental señalado.

En cuanto a las inferencias políticas y económicas hay que reconocer que fueron muy escasas y que, salvo su clasificación territorial en ciudades, factorías y mercados y la importancia concedida desde el principio al papel fundacional de los templos de Melqart en Gadir y *Lixus*, faltó en su estudio la propuesta de un modelo de organización política, lo que demuestra la parquedad general de esta propuesta culturalista.

De todo ello se puede deducir que, aunque su restauración reciente pueda llevar a errores, el concepto de Círculo del Estrecho no aporta gran cosa al estudio y la constatación de la realidad histórica de la época que estudiamos. Su éxito consiste, más bien, no en la concreción de la estructura, identidad y evolución del territorio de influencia de Gadir, sino en la diferenciación inicial respecto del de Cartago, aspecto vital que no se consume en gran parte de los estudios actuales que utilizan este concepto geopolítico básico. Pero, además, esta herramienta conceptual no reconoce la existencia de otros centros, ni concibe su relación con el centro primario más que de manera jerárquica, y mucho menos la idea del progreso técnico en distintos puntos de manera paralela. Por otro lado (y ésta es una cuestión fundamental obviada habitualmente por la investigación) Tarradell no explicó esta uniformidad entre las dos orillas por una interacción histórica conjunta, sino por la dependencia cultural de ambas respecto del área difusora original fenicia oriental, cuya relación, a través de flujos poblacionales e influencias culturales, al contrario que en Cartago, supuestamente se mantuvo en Gadir hasta el Imperio Romano.

En otro orden de cosas, al margen de las limitaciones conceptuales a las que venimos refiriéndonos, la realidad política, económica y cultural del Círculo del Estrecho no es coincidente con el mundo fenicio occidental debido fundamentalmente a que existió desde el principio un mestizaje natural (histórico) fenicio con los tartesios, primero, y con los turdetanos, más tarde, en el suroeste de la Península Ibérica, así como con los habitantes de la futura Tingitana en el norte del continente africano. Ésta es otra cuestión fundamental que aún no se ha solucionado: el poco aprecio existente en ambas orillas por las formaciones sociales nativas, basándonos en prejuicios de nuestra concepción de la ciencia histórica que justifican la entrega de este tema a los compañeros prehistoriadores. Por si fuera poco, la rehabilitación histórica de éstas, imprescindibles para entender los dos procesos de interacción dialéctica en ambas orillas, corre caminos similares peligrosamente vinculados a procesos políticos de recuperación de la identidad regional en el marco de nacionalidades mediterráneas no consolidadas, aunque hoy día aún en estadios institucionales muy alejados. Cuestión aparte es que a la integración económica (vía política) que se produce a lo largo del I milenio a.n.e. en una dinámica pro-

ductiva-distributiva rentable para ambos colectivos (fenicio y tartesio-turdetano) no tiene por qué corresponderle una integración étnica, puesto que siguieron existiendo, a pesar de los fenómenos de aculturación mutua, un conjunto de procesos identitarios por separado, a los que sí tenemos acceso (en parte) materialmente, lo que conllevó la coexistencia de referentes culturales distintos y con unos orígenes históricos muy alejados.

Y, para terminar, otro de los aspectos esenciales que consideramos cuestionan la validez del concepto es la evidencia que se va abriendo paso de que este Círculo del Estrecho, con los nuevos descubrimientos en la mano, no explicita teóricamente lo que Tarradell pretendía al esbozarlo. Como se ha esbozado más arriba, los círculos culturales representan un universo organizativo y cultural en el que el centro (político-económico) genera un modelo central que difunde a la periferia y por el que, además, monopoliza la respuesta de ésta en su dirección y sentido, negando a nivel teórico, la existencia de una dialéctica con ésta. De lo que se debe colegir que el Círculo del Estrecho es sólo un concepto instrumental historiográficamente explícito y de uso más que limitado. Cuestión bien distinta es si de lo que estamos hablando es, no de un círculo cultural, sino de un círculo económico-productivo (referente conceptual en el que algunos nos sentimos más cómodos), en cuyo caso el marco y las posibilidades de estudio cambian radicalmente.

Porque lo que nos demuestra la evolución del mundo fenicio occidental es un progresivo desplazamiento de los intereses globales hacia el Atlántico Norte, paralela por otro lado con el avance hasta el río Senegal en el Atlántico Sur, mientras que van surgiendo nuevos centros en estos dos ámbitos geográficos, más cercanos a las fuentes de materias primas y con colectivos poblacionales con suficiente capacidad para fundar asentamientos mixtos en este litoral, liderar su propio desarrollo económico-político y, con el devenir del milenio, institucionalizarlo, creándose una red de asentamientos de distinta entidad, paralela a la existencia de los grandes centros de Gadir y *Lixus*. Es esta expansión de los fenicios de Occidente hacia el Atlántico (donde se encuentran con unas formaciones económico-sociales muy alejadas de los modelos mediterráneos) la que demuestra, en su dialéctica histórica a lo largo de todo el milenio, la falta de constatación del modelo cultural de Tarradell, que se configura así más como una estampa alusiva que como un modelo explicativo útil para un proceso histórico tan complejo.

4. EL CÍRCULO DEL ESTRECHO COMO REGIÓN NATURAL E HISTÓRICA

4.1. El enfoque regional a través del modo de explotación del medio natural

Como se constatará más adelante, el contexto historiográfico, sorprendentemente reciente, en el que se producen los estudios sobre el Círculo del Estrecho nace bajo un conjunto de determinantes políticos, sociales, económicos, ideológicos y culturales que condiciona los primeros avances en el conocimiento científico de la arqueología fenicia y protohistórica de ambas orillas. Pero ello no debe obviar que la realidad histórica que estudiamos atesora una indiscutible entidad secularmente ocultada por la coexistencia de factores extra-científicos. Como han señalado abiertamente los estudios geológicos y paleoambientales, el análisis de la evolución de sus recursos naturales y la más reciente alteración antrópica diferencial sobre ambas orillas, por un lado; y la sucesión de los distintos modos de explotación de estos recursos y de los modos de distribución histórica de la riqueza, por el otro, estamos ante una región natural e histórica de una entidad incuestionable que sólo la historiografía más reciente ha puesto de manifiesto.

Avanzando en este debate entendemos que una región natural e histórica es la definida gracias al conjunto de relaciones dialécticas que mantienen las ocupaciones humanas con las posibilidades y recursos del territorio a través de sus modos de explotación. De esta manera exponemos que para que se le otorgue esta consideración no nos parece suficiente la existencia reconocida de unas características naturales e históricas comunes porque bajo nuestro enfoque es primordial que se entiendan y se expliquen de manera «social» las formas de explotación del medio y, sobre todo, la forma de redistribución de la riqueza obtenida por medio de esta explotación.

Bajo esta conceptualización entendemos que la región del Círculo del Estrecho es la comprendida, por el lado europeo, desde el llamado Golfo Ibero-marroquí, incluyendo el Algarve portugués, el Golfo de Cádiz y el área costera de Campo de Gibraltar. Por el este comprendería la costa occidental de Málaga, su bahía y las costas de la Axarquía; y en el norte de África desde la Península Tingitana hasta las costas del Mar de Alborán, incluyendo el entorno entre el Oued Martil y el Oued Moulouya (Ramos, 2008: 138).

Partiendo, pues, de estas acotaciones nos pareció que uno de los aspectos fundamentales en la monografía debía ser avanzar en la construcción de este concepto a través del cual se infiere un modelo explícito de explotación de los recursos naturales y, en consecuencia, un modelo de implantación territorial. Por ello el estudio de síntesis que presenta el profesor Domínguez-Bella sobre la geología de la Bahía de Cádiz y su entorno geográfico (*Reconstrucción del marco geológico de la Bahía de Cádiz: recursos líticos y materias primas*) demuestra que las peculiaridades geológicas y litológicas de la región y su relación con las materias primas minerales de la zona han determinado el uso de determinadas litologías a lo largo del desarrollo histórico de esta zona y, sobre todo, han condicionado los modelos de ocupación privilegiando unos tipos de suelo en virtud de sus posibilidades agrícolas, ganaderas, mineras, pesqueras o forestales.

En consecuencia y como demuestran los distintos registros arqueológicos y la organización de los poblados del territorio analizado, su desarrollo histórico ha venido también condicionado tanto por sus características geológicas como por su evolución geomorfológica. La llegada final de los primeros pueblos mediterráneos y finalmente de los fenicios, como se desprende de él, lejos de constituir un fenómeno histórico crítico decisivo, supone la culminación de un proceso (pre)histórico local por el que las distintas formaciones sociales desarrollan sobre el territorio del Bajo Guadalquivir y las campiñas costeras meridionales, así como en la Península Tingitana, un conjunto de estrategias explotadoras de gran calado, de cuyas potencialidades globales toman conciencia inmediatamente los pueblos extranjeros. De ahí la consecuente necesidad de explicitar este marco natural como fundamento para emprender con mínimas garantías explicativas el análisis de la región histórica que veníamos tratando.

En este sentido incide la colaboración de los investigadores Cantillo, Ramos y Soriguer (*Los recursos marinos en la región histórica del Estrecho de Gibraltar. Balance de su explotación por sociedades prehistóricas*) al analizar las sociedades cazadoras-recolectoras con tecnología Musteriense que habitaban la región histórica del Estrecho de Gibraltar y que ya poseían unos conocimientos del medio suficientes para explotar todos los recursos que éste les proporcionaba, incluido el marino. De cuanto se deduce que en

estas sociedades iniciales los aportes marinos formaron parte directo de su modo de producción a través del marisqueo y de la pesca, aunque esta explotación se produjera de manera estacional y cíclica. Más tarde, para las sociedades tribales comunitarias neolíticas de la región, los recursos acuáticos representarán un complemento fundamental en las dietas alimentarias. Los resultados traceológicos en sitios como La Esparragosa y las peculiaridades del entorno manifiestan la existencia de una apropiación efectiva del medio, así como un proceso de fijación al territorio para la

explotación de los recursos marinos como claro exponente de sus modos de vida.

Estas prácticas perdurarán en las sociedades clasistas iniciales (Bate, 1984), donde igual que en las tribales, la fauna marina se consolida como parte del sustrato bromatológico y complemento en los modos de trabajo. De ahí que en los asentamientos litorales estos productos entren a formar parte de redes de distribución hacia los asentamientos agropecuarios del interior, confirmando procesos de producción, distribución y consumo desde los primeros centros nucleares.

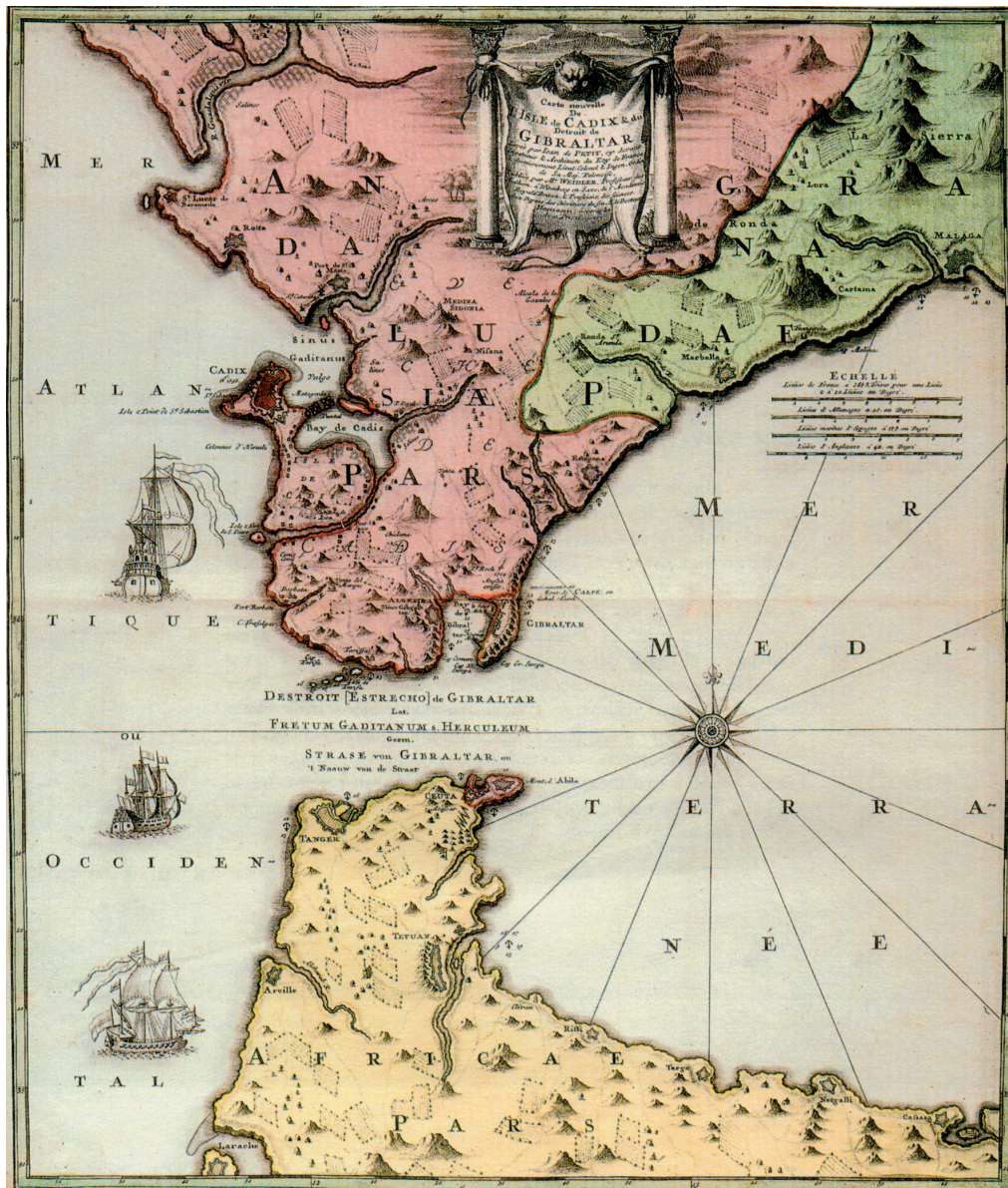


Figura 1. El Círculo del Estrecho en la *Carte Nouvelle de l'Isle de Cadix et du Detroit de Gibraltar* de Jean de Petit, publicada en 1711, en la que aún se aprecian perfectamente los profundos estuarios de los grandes ríos de la región, proceso acontecido tanto en el litoral norteafricano como en la costa mediterránea andaluza, el *Sinus Tartessus* y la Banda Atlántica gaditana.

De todo ello se infiere la existencia de una tradición local en los modos de trabajo y modos de vida de las sociedades prehistóricas previa a la instauración del modo de producción que se instaura con la presencia fenicia. Marcan en sentido amplio un control y fijación del territorio en relación directa con estos modos. Por ello podemos deducir que estas prácticas de explotación del territorio en estas nuevas épocas históricas conformarán una continuación e intensificación de los modelos tradicionales analizados, que hunden sus raíces en las explotaciones desarrolladas por las sociedades del Pleistoceno.

4.2. El debate materialismo/difusionismo y los primeros estados en el suroeste peninsular

Abundando en estos temas, esta monografía pretende tomar partido en el abierto debate que enfrenta a los defensores de las tesis difusionistas, empeñadas en el origen oriental y la transmisión colonial de las primeras ciudades-estado peninsulares, con los partidarios de la existencia de unas razones locales en el nacimiento en Occidente de las sociedades complejas con claras diferencias sociales y un modelo urbano, es decir, en la aparición temprana de las primeras formas de estado por evolución de las formaciones sociales locales del III y II milenios a.n.e. (Arteaga, 1992 y 2000; Nocete, 1984 y 1994).

Para ello han resultado insustituibles tanto los trabajos de campo en el sudoeste peninsular de varias generaciones de arqueólogos como las aportaciones realizadas en los últimos veinte años por aquellos autores encuadrados en lo que podríamos considerar la Arqueología Materialista del Suroeste, grupo heterogéneo que ha tenido como uno de sus principales campos de estudio los registros materiales y territoriales correspondientes a las formaciones sociales clasistas iniciales en su búsqueda de la explicación compleja del nacimiento del estado (Nocete, 1989; 1994; 2004, Coord.; Arteaga, 2001a; Ramos, 2004; Ramos et al., 2008a). Como fruto de este número de actuaciones en igual medida que de las réplicas emprendidas desde el citado difusionismo clásico, se ha conseguido un salto cualitativo en la producción de datos arqueológicos que han contribuido a la definición inicial de las condiciones en las que se produce desde el Bronce Tardío este paso de las sociedades clasistas iniciales hacia el estadio histórico inmediato.

Este proceso global ha podido seguirse muy especialmente en el entorno del Bajo Guadalquivir donde la acumulación singular de estructuras de almacenamiento de excedentes en torno a Valencia de la Concepción (Ruiz Moreno, 1989; Santana Falcón, 1991; Cruz-Auñón y Arteaga, 1995; Arteaga y Cruz-Auñón, 1995; Arteaga, 2002) ha sido considerada por los investigadores demostrativa de la existencia de un centro de poder junto a Los Alcores (en el llamado *Horizonte Valencina-Gandul*) que desde un marco político-institucional regularía y gestionaría la producción, circulación y distribución de los productos en este área y sus zonas periféricas (López Aldana y Pajuelo Pando, 2001: 212). Este centro de poder, cuestionado recientemente a través de métodos estadísticos espaciales (tan elaborados como miopes) empeñados en poner en duda desde enfoques empíricos los inicios de la complejidad social (Costa et al., 2010), junto a otros referentes nucleares como muestran, por ejemplo, los registros arqueológicos de Carambolo-Cuesta de Rosario o de *Hispalis-Italica*, encuentra sus raíces históricas en la llamada «Cultura de los Silos», que ya desde el Neolítico Final (hacia el 3.300 a.n.e.) nos permite constatar una colonización agropecuaria expansiva en la zona que no solamente afectaría al valle del Bajo Guadalquivir, sino que invadiría también los terrenos de secano de las campiñas (Arteaga y Roos, 1992: 333-334; 2003: 147-148). Paralelamente se ha podido constatar en este yacimiento la existencia de un patrón de fortificación sustancialmente diferente al señalado en Los Alcores de Porcuna y coincidente, sin embargo, con el de La Pijotilla en Extremadura y Ferreira do Alentejo en Portugal, caracterizado por un sistema de cierre mediante fosos y al que aparecen adscritos asentamientos secundarios y las fortalezas con bastiones que perduran hasta el Bronce Antiguo (Arteaga y Roos, 2003: 148-149).

El conjunto de Alcalar (Portimão, Algarve, Portugal, III mil. a.n.e.) lo constituye un asentamiento principal situado sobre una meseta de 10 has cercado con sistema de fosos y murallas, cinco poblados periféricos dependientes, ubicados en los otros cercanos. En su ubicación quedó desde el principio constatada la ocupación del mejor sitio por sus características físicas para la defensa, de acceso a los pozos de agua dulce, el dominio de las tierras fértiles, el control visual de la sierra y el acceso marítimo por parte de una mínima parte de la población que, además, identifica su

espacio a través de construcciones legitimadoras como la necrópolis monumental (Morán, 2001: 181). Junto a estos se han encontrado numerosos silos de almacenamiento de cereales y legumbres (cebada, trigo, habas, guisantes, lino,...), localizados dentro de los recintos cercados de los lugares centrales y cisternas para reserva de agua (Morán, 2001: 175). Pero lo que más fuerza confiere al registro es la existencia de una necrópolis monumental diferenciada situada en una meseta de 74 m de altitud formada por edificios tumulares con atrio-fachada dedicados tanto a lugar de enterramiento como a prácticas rituales, además de una función más singular como «marcador territorial» (Morán, 2001: 177).

Igualmente representativos de este estadio nos resultan los claros ejemplos de colonización agrícola del interior materializados en los campos de silos del Cerro de El Albalate (Porcuna, Jaén), estrechamente relacionados también con la «Cultura de los Silos» del Neolítico Final y que demuestran como decimos una colonización temprana, agrícola y ganadera, de las tierras de la campiña interior (Arteaga, Nocete, Ramos et al., 1986: 399), así como una sucesión diacrónica de distintos espacios defensivos trazados en círculos sucesivos desde un muro de fortificación interior datado en la época del Cobre hasta un nuevo conjunto de estructuras defensivas con torres del Bronce Pleno, culminados con el Bronce Final de la Campiña, que ya evidencia la existencia de las técnicas constructivas de muros rectos con zócalos de piedra y alzados de adobe (Arteaga y Roos, 2003: 149).

No menos reconocidas son otras estructuras cuya antigüedad también parece retrotraerse al menos a los inicios del II milenio como la residencia principesca asociada al templo-almacén de Fuente Álamo-III (Almería, 1900-1780 cal. a.n.e.), junto a necrópolis con evidencia de diferenciación social clasista (Arteaga, 2000: 178-182); o las pruebas de ordenación urbanística inicial halladas en Los Alcores, en el que se aprecian «callejuelas» que en las laderas aterrazadas sirven para comunicar distintos niveles de habitación y, a su vez, para facilitar la recogida de aguas procedentes de las techumbres (Arteaga y Roos, 2003: 156-147).

El Bronce Final preferencioso nos da nuevas muestras de la existencia ya de forma consumada de una civilización antecolonial en ejemplos sucesivos de poblados dotados de estructuras que reproducen las condiciones de aparición de las

primeras formas de estado. En el Alto Guadalquivir, Castillo de Monturque presenta una potencia estratigráfica de más de 7 m con siete fases desde el Calcolítico Final hasta el Orientalizante. En la Fase IV, perteneciente al Bronce Pleno avanzado, aparece ya junto a una estructura tumuliforme de doble inhumación asociada a contextos cerámicos post-campaniformes con vasijas de carena media, una arquitectura de tendencia ortogonal de muros rectos que coincide a grandes rasgos con el patrón urbanístico de Los Alcores de Porcuna (Arteaga y Roos, 2003: 149). En la fase siguiente (estrato VI) y con una cronología del 1240 ± 120 a.n.e., aparecen ya indicios de una agricultura cerealista y de gramíneas, con presencia de pino, olivo y encina y una fauna de ovicápridos, bóvidos, cerdo y, lo que es más importante, casas de piedra con habitaciones de planta rectangular (Pellicer, 1995: 46).

En el sudoeste peninsular el yacimiento de Trastejón (Zufre, Huelva) muestra un amurallamiento desde su primera fase de ocupación durante el Bronce Pleno (1600-1200 a.n.e.), así como una importante reactivación de las actividades metalúrgicas desde el Bronce Final I (1200-800 a.n.e.), vinculadas a la cercana mina de Cala, que se realizan dentro del recinto. De igual forma, en Aznalcóllar, en un largo proceso de ocupación que arranca en el Calcolítico, dos cercas amuralladas de esta época protegían el hábitat caracterizado por la abundancia de escorias y cerámicas (Campos Carrasco y Gómez Toscano, 1995: 144).

Junto a él, aunque en la margen izquierda del mismo río Crispinejo, Los Castrejones constituye un amplio poblado, ubicado estratégicamente al borde las minas y defendido tanto por las escarpadas laderas que dan al río y un profundo barranco como por un complejo sistema de fortificaciones formado por un amurallamiento de más de 1.200 m de longitud, construido en talud con pizarras y piedras unidas con barro y una serie de torreones en el flanco noroeste. Sobre él sobresale, además, una parte superior elevada a modo de acrópolis de más de 20 m (Hunt, 1995: 449). En este asentamiento, la frecuente aparición de escorias ricas en plata demuestra su estrecha vinculación con la actividad minero-metalúrgica, aunque este hecho debe hacerse complementario con realización de otras actividades productivas como la agrícola, en espacios específicos distintos, como demuestra la gran cantidad de molinos aparecidos (Campos Carrasco y Gómez Toscano, 1995: 146; Hunt, 1995: 454).

En la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, espacio histórico en el que se constata

un impulso renovador que cristaliza en la gestión de modelos de ocupación de clara inspiración urbana, que conllevan la jerarquización del territorio, diferenciación de fronteras, control exclusivo de determinados recursos y acumulación de excedentes, que puede influir en la vinculación de asentamientos subordinados, la revitalización de las redes comerciales regionales que, a su vez, por medio del comercio marítimo podían interrelacionarse tanto con el Atlántico como con el Mediterráneo, debido a su posición entre ambos circuitos comerciales de la Edad del Bronce. Todo ello conllevará un gran auge económico y social, y dará lugar a una nueva realidad histórica que posibilitará, posteriormente, la presencia fenicia y la implantación de su estrategia comercial...» (Campos Carrasco y Gómez Toscano, 1995: 150).

En la misma Tierra Llana onubense se observa cómo se produce en este momento

una reestructuración de los poblados, en el sentido de la aparición de núcleos hegemónicos que destacan sobre otros de menor entidad, conformándose una cultura compleja basada en la explotación especializada del recurso-territorio, y la redistribución de los excedentes a partir de estos centros hegemónicos de base económica diversa, que interrelacionan un amplio espacio geopolítico. Consecuentemente, el territorio queda configurado por una serie de modelos de asentamiento (...), que se inscriben en un patrón territorial de inspiración urbana, que cristalizará plenamente en el período orientalizante, donde se adoptan el resto de los atributos que permiten hablar de urbanismo en sentido estricto (Campos Carrasco y Gómez Toscano, 1995: 151).

También se constatan actividades minero-metalúrgicas y contactos con poblaciones orientales claramente anteriores a la fundación colonial de Gadir en poblaciones de la costa atlántica portuguesa como es el caso de Outeiro dos Castelos de Beijós en el que aparecen una fíbula helicoidal de bronce, con claros precedentes en Hama (Siria) y fragmentos de una pequeña falcata de hierro, también siguiendo muy posibles prototipos mediterráneos orientales, que han sido datados en un arco XI-X a.n.e., en todo caso antecolonial (Senna-Martinez, 2000: 56-58).

Queda, por tanto, claro que los descubrimientos de los últimos años del suroeste peninsular autorizan a presentar como realidad contrastada la existencia de grandes centros nucleares con una organización estatal que en la propuesta cronológica más conservadora pertenecen, por lo menos, a las sociedades del Bronce Tardío pre-tartésico (XV-XIII a.n.e.), entidades que reproducen las siguientes condiciones explícitas de existencia de una forma política claramente evolucionada:

- una continuidad poblacional fundamentada en la estabilidad de la forma económico-política de explotación del territorio productivo inmediato;
- un ordenamiento urbanístico inicial con estructuración funcional de los espacios intramurarios y tendencia ortogonal y de muros rectos en formas habitacionales enlazadas;
- la aparición de edificios singulares que demuestran un vínculo temprano entre la idea económica de la distribución diferencial de los beneficios socialmente generados: el «príncipe» rige la estructura política y el refrendo ideológico-ritual del sistema de explotación consumado, mientras que el templo-almacén visualiza este apaño argumental interesado;
- el amurallamiento de los centros políticos nucleares y de centralización de excedentes agropecuarios y minero-metalúrgicos con el fin de defender los beneficios extraídos de los intentos exteriores e interiores por enajenarlos, o, en suma, del funcionamiento del sistema económico desarrollado en beneficio de los grupos sociales privilegiados;
- la jerarquización económico-política del territorio productivo;
- una tecnología avanzada en manos de los grupos de poder privilegiados, cuyo conocimiento está restringido (como el acceso preferente a las materias primas estratégicas), probablemente a través de su sacralización, a esta élite social y técnica, a la vez que su realización es inducida desde el poder y aplicada de manera selectiva a determinados procesos de producción (Perea y Armbruster, 1998: 134);
- unas estructuras de almacenamiento masivo de excedentes agrícolas extraídos a través del empleo de mano de obra sometida por

distintas formas a la prestación de servicios inicialmente comunitarios;

- el control de los puertos, valles, cursos de agua, pasos, cañadas y confluencias de caminos como estrategias fundamentales de delimitación de los hitos productivos y distributivos;
- la división social y sexual del trabajo bajo la falsa premisa de la gestión técnica de los procesos de producción y distribución/redistribución básicos;
- una capacidad política, social y económica de acceso a las rutas de distribución marítima (atlántica y mediterránea) y continental de producciones singularizantes, visibles especialmente en la composición de los ajuares de las tumbas, gran parte de ellas relacionadas con la panoplia guerrera: espadas pistiliformes y de lengua de carpa, hachas de apéndices laterales y de talón (Mederos, 1997: 115), alabardas, falcatas, lanzas (Senna-Martínez, 2000: 57), hecho distributivo que demuestra tanto una proyección transmarina de esta formación social como una incuestionable continuidad en el proceso histórico hasta momentos turdetanos;
- la reproducción gráfica de las diferencias sociales y, por tanto, de la existencia de una clara estructura de clases, a través de la tipología y de los ajuares individuales y de grupo de los enterramientos.

4.3. Las primeras poblaciones del *Sinus Atlanticus*

Este cuadro histórico general en el sudoeste peninsular se ha visto recientemente reafirmado por la realización por parte del Grupo HUM-440 del Plan Andaluz de Investigación del Proyecto *La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz* (desarrollado con autorización y subvención de la Junta de Andalucía y con la dirección responsable del profesor José Ramos), proyecto que nos ha permitido documentar 185 yacimientos arqueológicos en la Bahía de Cádiz y su campiña litoral, entre San Fernando y Tarifa. Entre ellos se documentaron ocupaciones de sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras paleolíticas, tribales comunitarias neolíticas (VI-IV milenios a.n.e.) y clasistas iniciales (III-II milenios a.n.e.) que demuestran la intensa ocupación del medio que nos ocupa desde etapas del Pleistoceno

con continuidad durante el Holoceno, así como las complejas relaciones que establece la sociedad con éste y la problemática geoarqueológica de los procesos erosivos paralelos al aumento de la contradicción social.

Gran parte de estos descubrimientos se incorporan en la contribución de los investigadores Ramos, Pérez, Vijande y Domínguez-Bella (*Las sociedades clasistas iniciales en la Bahía y campiña litoral de Cádiz en el III-II milenios a.n.e.*) en un esfuerzo por hacer un balance de estas ocupaciones en la zona y, sobre todo, por mostrar la continuidad poblacional existente. Es a través de este estudio como se comprueba que en etapas históricas anteriores a la ocupación fenicia, la Bahía de Cádiz y sus campiñas inmediatas ya tuvieron un interesante proceso histórico de ocupación durante el que la jerarquización de las sociedades documentadas en esta región alcanzarían categorías asimilables a las de estados prístinos planteando importantísimas reflexiones sobre la problemática histórica del origen del estado en la zona contrastadas con los registros materiales documentados.

No menos interés al respecto presenta el estudio de los investigadores López Aldana y Pajuelo Pando sobre la aparición del estado en el sudoeste peninsular como modelo de organización social compleja durante la transición del IV al III milenio a.n.e. tras la crisis de la sociedad tribal y de las relaciones sociales de parentesco (*Las primeras sociedades estatales del Bajo Guadalquivir*). En este capítulo se analizan las condiciones de aparición de estas primeras formas prístinas estatales en el Bajo Guadalquivir proporcionando una argumentación material basada en los descubrimientos arqueológicos de la zona en los últimos años en la que se constata cómo las relaciones sociales de producción garantizan la cohesión social de las élites que basan su progresivo poder en la acumulación de productos excedentarios, su control sobre la distribución y en el mantenimiento de las relaciones exógenas a larga distancia que aseguren la obtención de recursos destinados a los bienes de prestigio. Para ellos se dota de múltiples herramientas de coerción hacia las comunidades internas, coacción hacia las formaciones sociales que se sitúan en la periferia de la sociedad clasista inicial y comparten semejante desarrollo de las fuerzas productivas y diplomacia con otras formaciones sociales que se localizan fuera de su área de influencia facilitando los mecanismos de intercambio.

Otro de los polos de estudio regional colateral al centro anteriormente analizado es el realizado por los investigadores Morán y Parreira en el Algarve portugués (*Poblamiento histórico en la Bahía de Lagos del V al I milenio a.n.e.: las primeras sociedades de clases y las navegaciones mediterráneas tempranas*). En éste se ha puesto de manifiesto cómo, por ejemplo, en el yacimiento calcolítico de Monte Canelas, datado en el III milenio a.n.e., se percibe claramente una organización del espacio productivo que señala la existencia de un «barrio de campesinos» cercano a las tierras fértiles de la ladera sureste, mientras que otro de los sectores habitacionales ocupa una posición privilegiada en el área central de la aldea. En esta misma área se han identificado estructuras de almacenamiento de agua (fosas-tanque) y de productos perecederos (fosa-silo) delimitadas por un foso, mientras que en otro sector de la parte alta del poblado, al sureste, vuelve a aparecer la organización espacial ahora con un triple sistema de fosos concéntricos probablemente complementados por taludes asociados a bastiones defensivos, estructuras que cubren una extensa área de almacenamiento.

Barradas/Atanouca, Areias o las marismas de Alvor son nuevos casos de poblados contemporáneos de la zona que presentan, no sólo este tipo de grandes estructuras de almacenamiento central organizado, sino también indicios de una compleja división social de la producción basada en la existencia de centros de distribución básica, así como de control de la producción metalúrgica y los intercambios supra-regionales de bienes singulares como el ámbar, el marfil o la variscita. De la contrastación material de estas estructuras políticas de gestión de la producción local y de la distribución desigual de bienes básicos y productos supra-regionales muy especializados se infiere el surgimiento de una forma de estado elemental económica, social e ideológicamente caracterizado.

En esta misma región a partir del II milenio se constata un singular desarrollo de las aristocracias locales, que se imponen con un modelo de implantación territorial capaz de asegurar el control de los recursos fundamentales. Este proceso, de naturaleza económico-política, consuma la jerarquización social y la aparición de liderazgos personalizados de personajes que se hacen enterrar en tumbas tumulares complejas compuestas de cistas de piedra cubiertas por una laja horizontal que encierran un cadáver en posición fetal y ajuares muy desiguales. Así se aprecia, por

ejemplo, en Corte Cabreira, Vale da Telha, Alfarrrobeira y en Alcária.

Será a partir del 1200 a.n.e., ya en el Bronce Final, cuando se aprecie en la zona un proceso de reordenación de estos centros primarios de poder gestionados por una aristocracia guerrera que se impone mediante el control coercitivo, fuertemente centralizado, del territorio y sus recursos, mientras que, de manera coherente, surgen los primeros poblados en altura (Castelo de Alferce) que refuerzan sus óptimas condiciones naturales con las construcción de recintos defensivos amurallados. Paralelamente se aprecia también el surgimiento de otros tipos de hábitats como los centros de explotación agrícola (Escampadinho) o los enclaves de control de las rutas de distribución (Cerro da Rocha Blanca). La superestructura de estos estados incipientes, no obstante, también se vislumbra a través de la reciente aparición de lugares sacralizados como rocas grabadas (Alferce), estelas de estilo extremeño (Figueira) o cuevas-santuario (Ibn Amar), manifestaciones en las que aparece ya claramente diferenciado un guerrero-héroe con escudo circular y lanza, mitificado.

Esta es la situación política que se encuentran al llegar a esta región los primeros navegantes foráneos, por lo que sabemos hasta hoy, en torno al siglo VIII a.n.e. Pero no será hasta los inicios del siglo VI cuando se aprecie ya en centros hegemónicos territoriales como Lagos una clara impronta orientalizante, especialmente visible en las necrópolis (Hortinha, Fonte Velha de Bensafrim, Corte de Pero Jaques), similar a la reconocida hace años para los centros del Algarve como Castro Marim, Tavira o Mértola.

A la vez, heredera de los modos de producción y de explotación del territorio consolidados por la formación económico-social tartesia en el Bajo Guadalquivir y el *Sinus Atlanticus*, desde este siglo VI a.n.e. asistimos a un proceso similar de implantación efectiva y directa de las poblaciones turdetanas sobre el mismo territorio que desde el III milenio a.n.e. nos mostraba la existencia de economías políticas centrales evidenciadas, para el Bajo Guadalquivir, en Valencina de la Concepción y Gandul (Sevilla), poniendo de manifiesto la aparición de los primeros estados embrionarios. El capítulo dedicado a *la dialéctica fenicio/tartésico-turdetana aplicada al modelo productivo postcolonial* (Domínguez Pérez) presenta un análisis de la evolución de este territorio productivo entre los siglos VI y III a.n.e., en el que se infiere esta clara

jerarquización productiva del territorio inmediato de Gadir con centros políticos nucleares urbanos, centros de control territorial, enclaves defensivos, centros de transformación industrial periurbanos, *villae* de explotación agrícola-ganadera, factorías de salazón, centros alfareros, etc... Se trata, en síntesis, de un esfuerzo por evidenciar el esquema funcional del sistema productivo, así como sus coartadas ideológicas, religiosas y culturales. Consideramos que bajo estas nuevas coordenadas económico-productivas, políticas y sociales debe analizarse la dialéctica específica que se establece entre fenicios y turdetanos, como demuestran la colaboración de ambos en los impresionantes procesos distributivos de estos años alcanzando los puertos atlánticos y mediterráneos.

5. EL MUNDO FENICIO OCCIDENTAL DURANTE EL I MILENIO A.N.E.

5.1. El poblamiento en la Bahía de Málaga desde el período arcaico

Los investigadores Arancibia y Mora, al presentar en su trabajo las características y evolución del poblamiento fenicio arcaico en la Bahía de Málaga (*Malaka, de enclave colonial en las puertas del Estrecho a polis fenicia occidental en el sur de Iberia*), combinando la información antigua con los nuevos datos que se desprenden de recientes intervenciones arqueológicas, han podido presentar una innovadora interpretación de ésta como un hábitat plurinuclear en torno a las desembocaduras del Guadalhorce y el Guadalmedina, en el que las estrategias de control y explotación del territorio se ven culminadas precisamente en el VI a.n.e. Resultan cruciales en esta propuesta de revisión las nuevas dataciones radiocarbónicas obtenidas en nuevos yacimientos como el de La Rebanadilla, cuya antigüedad obliga a reabrir el debate sobre la complejidad del fenómeno poblacional fenicio arcaico en el sur peninsular incidiendo en una fase inicial de primeros contactos previos.

Así lo atestigua también la contribución de los arqueólogos Vicente M. Sánchez, Lorenzo Galindo, Mar Juzgado y Miguel Dumas (*La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX y VIII a. C. y su relación con el Mediterráneo*), integrantes de la empresa ArqueoEstudio S. Coop., cuyo trabajo parte de las intervenciones realizadas en las obras de ampliación del Aeropuerto de

Málaga. En ellas se ha documentado tanto el ya comentado nuevo asentamiento fenicio arcaico de La Rebanadilla, como su necrópolis asociada de Cortijo de San Isidro, en los que se ha puesto de manifiesto la llegada de colectivos foráneos desde el Mediterráneo Oriental a las costas de la Bahía de Málaga desde, al menos, el s. IX a.n.e. fomentando la aparición de nuevos tipos de asentamientos y el establecimiento de nuevas relaciones, tanto con el Mediterráneo Central y Oriental como con el sur peninsular. Estos tipos de asentamiento documentados acreditan la existencia de espacios rituales de origen oriental, así como de un taller de fundición propio y un espacio específico para la elaboración de adobes para la construcción; y, ya en un momento más avanzado, de otros espacios industriales directamente relacionados con el desarrollo económico y político de la polis malacitana.

Por otro lado, en opinión de sus autores, la revisión de los conjuntos cerámicos recuperados, cuya datación absoluta realizada a partir de calibraciones a dos sigma otorgan a esta fase un rango cronológico entre finales del siglo XI y finales del IX a.n.e., demuestran a través de la presencia de materiales del Egeo, sardos, fenicios y autóctonos la existencia en esta fecha temprana de un vínculo singular con los yacimientos del litoral onubense, probablemente fundamentado en su ubicación como lugar privilegiado para el paso del Estrecho, así como la posibilidad de ocupación inicial del lugar por parte de un colectivo poblacional importante de procedencia sarda.

Son este tipo de contribuciones las que nos ayudan a redefinir el marco del Círculo del Estrecho en toda su amplitud, a partir de los datos extraídos de su evolución histórica y, sobre todo, a analizar la compleja evolución de la región que de manera permanente asiste a un proceso de reconfiguración de sus directrices político-económicas, atenta a los grandes cambios que sufre en el Mediterráneo. En este sentido, es muy probable que las fundaciones de la zona de Málaga, precisamente por el peso del poder de Gadir en el círculo, acabaran consolidando su propia identidad política basándose en una reorientación de sus estrategias más que en línea con Gadir, en línea con Cartago.

5.2. La contrastación de las primeras formas de estado en el litoral norteafricano

Mientras se suceden estos procesos en la orilla norte, el estudio del modelo de implantación en

el norte de África (Domínguez Pérez, *El mundo fenicio occidental en el litoral norteafricano: infe-rencias de los primeros estados*) incide en que muy posiblemente, siguiendo el modelo habitual en todo Occidente, los fenicios alcanzaron estas tierras en busca de materias primas estratégicas por su valor como bien necesario o estratégico para la elaboración de productos que contaban con una demanda comercial consolidada. En este sentido se ha estudiado tradicionalmente la importancia de la sal de *Lixus*, Mogador o Kouass, hecho que debió contribuir esencialmente al desarrollo de factorías de salazón locales apoyándose, además, en la ruta atlántica de ascenso de los túnidos, y que, con el tiempo, apoyándose en otros factores sociales, contribuirían sustancialmente a la consolidación de un poder político independiente de la metrópolis original.

También relacionada con la pesca debemos recordar la vitalidad del negocio textil en cuya evolución productiva, ante el costoso proceso que suponía su extracción original del *murex*, esta zona debió resultar fundamental por la existencia frecuente en estos parajes de las nuevas sustancias tintóreas extraídas del drago u de la orchilla, técnica contrastada en los clásicos con el nombre de «falsa púrpura».

Otro de los valores esenciales de este territorio debió ser, sin duda, la existencia de minas de hierro y plata en Mogador y, sobre todo, de oro en la desembocadura del río Senegal, yacimientos de los que se pudieron surtir en su creciente demanda los talleres metalúrgicos del Valle del Guadalquivir, así como los artesanos orfebres continuadores de la tradición tartésica.

Como formas culturales destacan en este sentido las relaciones mediatas que se establecen entre el mundo fenicio occidental, el Bajo Guadalquivir y los pueblos del norte de África concretadas a nivel material en la presencia temprana en los ajuares de las necrópolis peninsulares de los conocidos huevos de avestruz pintados. Este hecho se constata a través de los hallazgos selectivos que se han documentado, por ejemplo, en *Karmo* (Carmona, Sevilla), en algunos de los grandes centros del litoral atlántico africano como *Lixus* y *Banassa* y en puntos de la costa mediterránea marroquí como *Kachkouch*, *Russadir* (Melilla) y *Ras Kebdana*.

Testimonios del mismo tipo podemos extraer de la confluencia histórica en los asentamientos fenicios y tartesios de otros materiales africanos

como el marfil, documentado en yacimientos costeros atlánticos del continente africano como son los casos de Kouass, *Sala* y Mogador, plazas ineludibles de una presumible ruta fenicia hacia los importantes recursos del Atlántico sur. Pero también, tras su elaboración técnica por parte de los artesanos del Bajo Guadalquivir, de la ruta de distribución hacia la costa portuguesa como atestigua el famoso peine de este material hallado en *Conimbriga*. Con todo, el hallazgo de un par de pecios en la desembocadura del Río Arade (Portimão) y en el Cabo Sardão que transportaban defensas de elefante también demostraría la existencia de talleres artesanales locales de este material exótico, encargados ya de manera directa de la transformación de la materia prima original en los refinados objetos suntuarios y de adorno de las clases aristocráticas indígenas o de la oligarquía fenicia local.

Sin duda, este redescubrimiento de «la otra orilla» en los estudios protohistóricos de la última década nos ha proporcionado una creciente masa de información alusiva a complejos procesos históricos paralelos a los reconocidos para la orilla peninsular. También en este tema hemos presentado una puesta al día de esta masa ingente de datos procedentes de los centros fenicios del litoral norteafricano, de las ocupaciones indígenas de los valles fluviales y espacios lagunares del interior desde el Bronce Medio y de sus necrópolis. Este nuevo marco nos permite avanzar una lectura crítica que, de acuerdo con los presupuestos conceptuales de la Arqueología Social, reconoce el desarrollo embrionario de los primeros estados en torno a los grandes centros nucleares de la región.

5.3. Los límites de la talasocracia de Gadir en el Atlántico

Una de las cuestiones que viene siendo ampliamente analizada en los últimos años es la de los límites de la talasocracia de Gadir en el Atlántico. Sabíamos por las fuentes clásicas y los hallazgos del Barrio Cerámico ateniense y de los almacenes de Olimpia que sus mercaderías, especialmente los derivados salsarios de la explotación pesquera, gozaban de un prestigio en el Mundo Antiguo que hizo aumentar su demanda por todo el Mediterráneo hasta el punto de provocar con el tiempo la incorporación a los mercados de nuevos centros productores e, incluso, la aparición de sucedáneos. Es precisamente esta creciente demanda

la que explica la cadena de factorías pesqueras en el litoral atlántico y mediterráneo localizadas siguiendo la ruta migratoria del atún rojo en su entrada y salida a/de las zonas de desove. Pero no sólo de salazón vivía Gadir y como creemos que se demuestra en esta monografía la potencia fenicia extremo-occidental supo con el tiempo diversificar su oferta productiva atenta a la evolución y a las necesidades del mercado.

Es ésta una de las razones por las que el poder comercial de los *hippoi* fenicios occidentales permanece unido al singular crecimiento de la capacidad productiva regional, especialmente en un mundo en el que asistimos a una revolución agrícola asociada a la racionalización de las técnicas y sistemas de cultivo, la mejora del instrumental y el perfeccionamiento del conocimiento de las variedades agrícolas y ganaderas. El tratado *De agri cultura* de Magón es un buen ejemplo de este proceso y de cómo está cambiando el Mediterráneo en un proceso condicionado por su aumento demográfico.

Sólo la búsqueda de nuevos espacios productivos, de nuevos recursos y de nuevos mercados puede explicar el permanente acceso de los mercaderes fenicios occidentales a las regiones extremas del Atlántico conocido, ahora accesibles gracias también a los avances de la navegación. Y en este sentido otro de los referentes que creemos que esta monografía pone abiertamente de manifiesto es la constatación de estos nuevos límites en el Atlántico sur y norte. Así, si algunas noticias nos advertían hace ya algunos años de la existencia en la desembocadura del río Senegal de un fragmento de ánfora T-10, así como de marfil asociados a restos de metalurgia del cobre de tradición ibérica, en este trabajo se pone de manifiesto la existencia de una red de establecimientos de toda índole (centros políticos nucleares, poblaciones menores, factorías pesqueras, granjas agrícolas, necrópolis,...) vinculados de manera directa o indirecta a la gestión comercial que los fenicios occidentales desarrollan en esta parte del Atlántico.

Esta talasocracia de Gadir y sus posibilidades de participación en el poblamiento temprano del Archipiélago Canario han sido también puestos al día en la monografía a través de sendas contribuciones, heredadas de un abierto enfrentamiento científico alusivo a dos posiciones claramente antagonistas que resumen, en nuestra opinión, tanto enfoques como estrategias muy distintas enmarcables en tradiciones historiográficas de un

marcado cariz divergente en las fuentes teórico-ideológicas de las que se nutren así como en la metodología utilizada en sus trabajos.

Así, los profesores Atoche y Ramírez (*El archipiélago canario en el horizonte fenicio-púnico y romano del Círculo del Estrecho, circa siglo X a.n.e. al siglo IV d.n.e.*), de la Universidad de Las Palmas, recogiendo la lectura de los viajes exploratorios fenicios, pero, sobre todo, basándose en el conjunto de registros arqueológicos extraídos de los descubrimientos realizados a lo largo de varias décadas (El Bebedero, Rubicón, El Descubrimiento), a los que se han sumado el recientemente presentado de Buenavista, así como el conjunto de interpretaciones elaboradas, defienden un poblamiento inicial de las Islas por parte de colectivos fenicios occidentales posiblemente vinculados a la expansión de la talasocracia de Gadir y el resto del Círculo del Estrecho en esta parte del Atlántico. Este poblamiento se produciría, en opinión de los autores, en busca de recursos singulares como la pesca de túnidos y los derivados extraídos de los cetáceos (carne, piel, ámbar gris, grasa) y de otras especies marinas (pez, brea, aceites), la sal, los tintes naturales del tipo *murex* o *orchilla* y las maderas; o, bien, como ruta obligada de paso (proporcionando puertos naturales y fondeaderos seguros, lugares de descanso, avituallamiento y aguada, a la flota de Gadir) en su ruta hacia los mares tropicales, en los cuales accederían a los yacimientos auríferos del río Senegal y el Golfo de Guinea y a otros productos exóticos como el drago. A este conocimiento inicial se sumaría más tarde Cartago, que desarrollaría una agresiva política colonial y comercial a partir del siglo VI a.n.e. reforzando su presencia en el litoral del continente africano como demostraría el periplo de Hannón.

Por contra, los profesores Tejera y Chávez (*Fenicios y púnicos en las Islas Canarias. Un problema histórico y arqueológico*), de la Universidad de La Laguna, en coherencia con su propuesta indigenista sobre el poblamiento de las Canarias, vinculan éste con los colectivos libio-beréberes norteafricanos revisando las primeras navegaciones atlánticas y planteando serias objeciones al conocimiento de las Islas en contextos históricos prerromanos para cuyas argumentaciones positivas se habrían utilizado fuera de contexto la literatura paradoxográfica de la zona y una confianza excesiva en el valor histórico de los periplos náuticos, construcciones de diversas épocas realizadas a medio camino entre el relato mítico, la distancia

física y la reelaboración literaria. A estos se han venido a sumar, en su opinión, el escaso espíritu crítico de iniciativas contemporáneas nacidas con la pretensión de reconstruir la identidad histórica de los pobladores canarios. Sin negar la frecuentación de las costas africanas hasta Mogador por los fenicios y su interés en recursos como el marfil, el oro, los huevos y plumas de avestruz o los animales exóticos, para ellos el Archipiélago Canario no contaba con ninguno de estos recursos demandados y no estaba de camino a ninguna ruta fenicia extremo-meridional demostrada hasta hoy. Abundando en este argumento, Tejera y Chávez consideran que desde el descubrimiento en 1992 de la llamada *Piedra Zanata* las lecturas que se vienen realizando en esta línea no son más que estrategias revisionistas del poblamiento inicial canario para cuyo fin se han «seleccionado» (*sic*) una serie de elementos del registro arqueológico canario «*que se adaptan, tras su relectura, a la hipótesis de partida*» por la que se intenta explicar, a través de técnicas modernas cuya validez concreta consideran cuestionable y de paralelismos cuestionados, el citado poblamiento colonizador de las Islas por los fenicios.

No menos criticada es la revisión de estos límites geográficos de la talasocracia comercial de Gadir en el Atlántico norte y, sobre todo, del modelo explicativo que justifica esta relación entre los fenicios y las poblaciones locales. En ese sentido, además de lo evidente que resulta la necesidad de redefinir el concepto de «penetración de intereses fenicios y púnicos en el Atlántico», tal como hemos defendido en varios foros a lo largo de los últimos años (Faro, 2004; Lisboa, 2005; Hammamet, 2009) la explicación histórica aceptada hoy para esta presencia, al mantener la supuesta frontera del río Mondego como límite de los intereses fenicios atlánticos (Arruda, 2002: 257-265), es ya manifiestamente incoherente con el registro arqueológico contrastado. Si con ello se pretende fijar una línea a la evidencia de fundaciones coloniales fenicias en el Atlántico, puede resultar útil y fundada, pero sólo de momento. Conforme vayan aumentando los descubrimientos y seamos capaces de reconsiderar algunos datos sin prejuicios historiográficos, ésta, como otras muchas fronteras, también caerá. Por qué quienes cruzaron el Mediterráneo de oeste a este, se establecieron en centros comerciales costeros neurálgicos y superaron los límites teóricos del mundo conocido iban a pararse ahora en el Mon-

dego. Qué objetivos tenían estos fenicios para que, una vez fundada Santa Olaia, convinieran en concluir este proceso económico, político y náutico. Esta frontera siempre pareció más un límite de nuestro conocimiento y bajo ningún concepto un hecho contrastado.

Estas rutas náuticas, no obstante, encuentran su contrapunto en la contribución del profesor Senna-Martinez (*La «conexión lusitana»: contactos orientalizantes y búsqueda de estaño y oro en el centro-norte portugués*), quien, como fruto de una investigación ya de varias décadas (1995; 2000; 2005) sobre la aparición de metales y aleaciones «civilizadas» en la zona con anterioridad a la llegada de los colectivos foráneos, ha propuesto una vía continental para analizar los tempranos contactos orientalizantes y la búsqueda de estaño y oro partiendo de estudios recientes sobre los mundos del Bronce Final del Centro y Norte portugueses (el Grupo Baiões/Santa Luzia de Beira Alta y el de Beira Interior). Estos descubrimientos nos permiten una amplia revisión de las relaciones del mundo atlántico con el mundo mediterráneo que incluye el análisis de su papel en relación con la región del Estrecho en los períodos pre-orientalizante y orientalizante.

El cuadro final diacrónico presentado pone de manifiesto claramente que el importante número de yacimientos del litoral atlántico y de los territorios ligados a ellos a través de los valles fluviales inmediatos que cuentan con evidencias materiales de la presencia fenicia no son simples escalas náuticas hacia las Casitérides como se ha venido comúnmente explicando. Parece necesario insistir, como se refleja en el capítulo *‘Hippioi’ en los confines del mundo: los límites noratlánticos de la talasocracia de Gadir* (Domínguez Pérez), en el hecho de que ya no se trata sólo de millares de fragmentos de contenedores anfóricos de bienes alimenticios y de vajilla cerámica, o de elementos de adorno personal o social, en cualquier caso simples posibles productos de un comercio complejo. Por el contrario, además de haberse documentado la existencia de estos materiales en centros indígenas, también hemos encontrado centros de nueva fundación y asentamientos de poblamiento mixto en los que se había consolidado un barrio habitado por estos fenicios occidentales en cohabitación con los indígenas, muestras de estructuras urbanísticas de poblamiento indígenas evolucionadas de sus modelos clásicos reconocidos, centros de actividades productivas industriales (talleres metalúrgicos,

restos de explotación de especies purpúreas, almacenes de alimentos,...), emplazamientos dedicados a rituales religiosos claramente foráneos. También hemos seguido la inevitable reversibilidad de este proceso, así como la permeabilidad de pueblos de tradición ibero-turdetana y «celta» compartiendo aspectos muy similares de su cultura material distribuida probablemente desde los grandes enclaves comerciales fenopúnicos, aunque en este sentido tampoco deberíamos negar la posibilidad de una distribución interior desde la Meseta y siguiendo el descenso de los grandes ríos peninsulares.

Analizando las implicaciones sociales de estos profundos cambios económicos es evidente que estos hubieron de modificar sustancialmente (tanto en el noroeste peninsular como en el litoral norteafricano) el modelo tradicional de poblamiento y sus modos de vida y explotación del territorio cercano generando nuevos modelos como las fundaciones coloniales, las factorías fenicias, los castros o asentamientos costeros con importantes desarrollos urbanísticos. Esto puede apreciarse en la mezcla de elementos de la cultura material indígena con otros claramente mediterráneos (fenicios, griegos, púnicos e, incluso, ibero-turdetanos). Pero tampoco es de extrañar que estos cambios incidieran de manera singular en la conformación de claras diferencias sociales a favor de los grupos privilegiados, cuya distancia aumentaba en virtud del uso político y económico de los bienes de uso y prestigio llegados por el Atlántico desde el Mediterráneo.

6. GADIR: LA IMAGEN Y LA MEMORIA DEL PODER EN UN ESTADO ATLÁNTICO-MEDITERRÁNEO

6.1. Avances en la definición de la autoridad central del estado

Una de las más interesantes aportaciones que integran esta monografía es la realizada por los investigadores Domínguez-Bella, March, Gener y Martínez sobre los restos orgánicos del interior del importante enterramiento fenicio de la Casa del Obispo de Cádiz. De este monumento ya se tenían noticias puesto que en 1964 fue descubierto, saqueado completamente y ocultado de nuevo hasta que en 1998 fuera redescubierto y excavado. Se considera una construcción del siglo VI a.n.e. realizada en sillares de la conocida «piedra ostionera» local, perfectamente trabados

y recubiertos hacia el interior con una base de yeso. Hoy, a la importancia de los restos citados, como decimos gracias a este innovador trabajo, hay que añadir que, pese a lo exiguo de los restos, se ha conseguido identificar por medios técnicos los pigmentos de una túnica mortuoria así como otros restos orgánicos procedentes tanto del individuo enterrado, como de su enterramiento en un sarcófago de madera.

El lugar donde tuvo lugar el hallazgo, la antigua casa episcopal, ha sido históricamente utilizado como espacio sacro y precisamente por ello se han mantenido sin grandes alteraciones los restos identificados. Son estos los que nos permiten documentar la construcción de nueva planta (a pesar de que el lugar había servido desde el siglo VIII a.n.e. para fines domésticos) de este singular monumento funerario de finales del siglo VI a.n.e, claramente alejado de la necrópolis de la ciudad y que con el paso del tiempo se convertiría en santuario, relacionado con divinidades ctónicas vinculadas a fuentes de agua subterránea y del que se han constatado los rituales y las ofrendas.

Los investigadores citados, tras analizar los restos mediante espectroscopía (FTIR y EDX), microscopía electrónica ambiental (ESEM), difracción de rayos X (DRX) y espectroscopía de masa (GC-MS) han podido demostrar que esta tumba de gran riqueza contenía los restos de un importante personaje que había sido enterrado envuelto en una túnica púrpura (procedente probablemente de *Murex trunculus* o *Purpura pansa*) bordada en oro. Paralelamente se ha podido contrastar la presencia de compuestos cosméticos y perfumes utilizados en el ritual (el Methyl Dihydrojasmonate o *hedione*, procedente del jazmín, y el caryophyllene, presente entre otras, en las plantas del *cinnamomun* o alcanfor). Junto a estos, se encontró igualmente la conocida pieza de orfebrería consistente en un anillo de oro con dos esturiones y una minúscula cuenta de collar de color blanco.

Para calibrar la importancia social del enterramiento es importante apuntar (como ha demostrado el estudio de la totalidad del yacimiento) que con el tiempo la tumba se convertiría en un pequeño santuario en el que este personaje singular fue heroizado o, tal vez, divinizado, aspectos que se han propuesto como elemento inicial con el que se podría plantear un nueva base de estudio para enfrentar la naturaleza política del régimen fenicio occidental postcolonial, cuyas estructuras de poder hasta ahora en gran medida se nos han escapado.

6.2. La identidad de Gadir entre la nueva oligarquía local y Cartago

Con los grandes cambios económico-políticos que se suceden desde el siglo VI a.n.e. en Gadir se procede a la reelaboración de su identidad histórica y etno-cultural tal y como sucede en otras grandes ciudades-estado del Mediterráneo. Este proceso consiste en la recuperación y homologación desde el nuevo poder político oligárquico de los mitos fundacionales básicos en un intento por legitimar el nuevo ciclo histórico y establecer las raíces lejanas del nuevo ordenamiento político. Gadir, como nueva capital política del mundo fenicio extremo-occidental, ahora reconoce una identidad común con las poblaciones del norte de África (Diod. XXV 10, 1) y las principales fundaciones coloniales del litoral andaluz mediterráneo: *Malaka*, *Sexs* y *Abdera* (Strab. III 4, 5; III 5, 5; 6, 48; 4, 2-3; XVII 3,3). Por los mismos años se procede a la recuperación del mito fundacional de Cartago o de la misma Roma, llamada a convertirse en dueña y señora de todo este mundo que venimos estudiando.

Paralelamente surge desde finales del siglo V y durante el siglo IV, motivada por el enfrentamiento entre griegos y cartagineses por el control de Sicilia, una historiografía griega crítica con Cartago que desde Éforo de Cumas y pasando por Timeo de Tauromenio, entroncará con Fabio Píctor, el primer historiador romano que, curiosamente, escribe en griego contra los púnicos y atesora todas las consignas negativas de esta corriente que, para nuestros fines, tiene como defectos mayores la introducción del término genérico *poenus* o *punicus* con carácter globalizante, que de manera simplista no reconoce la identidad de los *phoenikes* gaditanos. Es en este conjunto de coordenadas culturales en las que hay que situar el desconocimiento de Gadir o su ausencia explícita como entidad política en las fuentes clásicas que nos llegan de los griegos a través de los romanos.

Pero las pocas pruebas materiales con las que contamos para intentar reconstruir la cara de este estado están presentes, por ejemplo, desde su primera serie monetaria, como han puesto de manifiesto en su contribución las investigadoras Arévalo y Moreno (*La imagen proyectada de Gadir a través de sus monedas*), en la que se constata una escasa aunque significativa difusión exterior del numerario oficial en el *Sinus Tartessus* (Montemolín), la Banda Atlántica gaditana (*Carteia*),

el litoral mediterráneo peninsular (Albacete), las Baleares (Ibiza y Menorca) y el litoral atlántico portugués (Oporto). Este proceso distributivo refleja las rutas históricas que previamente se han presentado del fenómeno económico gaditano, confirmando, pues, gracias a la definición de los circuitos monetarios, el diseño anterior de las rutas de distribución comercial, así como de las vías de poblamiento humano que se establecen desde Gadir por estos años e, incluyendo, por supuesto, un predominio de acuñaciones gaditanas en la Tingitana que viene a avalar lo que tanto la arqueología como las fuentes literarias nos dicen sobre la frecuente presencia de comerciantes y navegantes gaditanos en el litoral norteafricano.

Este hecho, no obstante, resulta complementario con otro de muy diversa índole como es el evidente proceso de desacralización paulatina de los símbolos religiosos tradicionales de la ciudad coincidiendo con la sustitución de la función económica del Templo de Melkart por la oligarquía comercial local, en un claro proceso de consolidación política del estado paralela a la reivindicación de los grandes hitos fundacionales del universo cívico asociado. Esta asociación del hecho distributivo global con el proceso político señalado desde el siglo III a.n.e. apunta la plasmación definitiva de un modelo económico-político que permanece atento, como el resto de las economías regionales mediterráneas, a otros grandes cambios por parte de una nueva clase política en cuyas manos se encuentra tanto el comercio público tradicional asociado a la *polis* y a los templos fundaciones como el nuevo comercio privado, más en consonancia con los grandes estados.

Resulta curioso pero en el mismo estudio numismático Arévalo y Moreno presentan un hecho señalado como es que la dispersión del numerario de Gadir desde el siglo II a.n.e. en adelante es más atlántico que mediterráneo, lo que parece señalar un espacio distributivo libre, históricamente reconocido como propio y ahora cedido de manera estatutaria por los romanos.

Por otro lado, otro de los temas cruciales de debate al que esta monografía se ha enfrentado es al proceso de identificación expresa del modelo de relaciones que Gadir mantiene con Cartago y cómo evolucionan estas relaciones conforme la potencia centro-mediterránea se va consolidando como hegemónica en el Mediterráneo occidental hasta la irrupción de Roma en este complejo de intereses generados.

Al margen de los procesos de colonización cartaginesa del mundo norteafricano, aún hoy, con los datos en la mano, contamos con escasos restos de la presencia en la zona de intereses de Cartago. Se trata escuetamente de las representaciones de Deméter-Koré como las expuestas en el Museo de Tetuán, tres monedas cartaginesas en Djebila, de amuletos habituales en Cartago como los de cabeza de fauno realizado en pasta vítrea procedente de la Tumba 77 (Ponsich, 1967: 206-207, lám. LV) o el de cabeza de carnero en marfil, del que se tienen documentados ejemplares similares en las necrópolis de Cartago, Cádiz y Cerdeña (Ponsich, 1970: 147; lám. XLIX, a).

Otro dato para avanzar en el esclarecimiento de este problema es la casi absoluta falta de cerámica ática y, en general, de la oferta global comercializada en Occidente por Cartago, en el litoral mediterráneo norteafricano donde, sin embargo, se pueden identificar materiales procedentes del sudeste y este peninsular, el área de *Carthago Nova* y de *Aiboshim* (Majdoub, 2004: 277).

Finalmente en este sentido, lejos de consideraciones imperialistas que parecen deber sus orígenes a la literatura de matriz schulteniana, la navegación en el Atlántico sur y norte parece testimoniar también una coexistencia entre los intereses de Gadir y Cartago desde el siglo VI a.n.e., aunque no existen pruebas masivas de la presencia de ésta última y sí, en cambio, de la existencia de intereses y presencia directa de Gadir.

Sin duda, la orilla sur, como la costa sureste peninsular, asiste, conforme avanza la segunda mitad del I milenio a.n.e., al desembarco paulatino de los intereses de Cartago, de acuerdo con su nuevo estatus de primera potencia del Mediterráneo occidental, primero en Sicilia y Cerdeña y, más tarde, en Ibiza y el litoral ibero mediterráneo. El *Periplo de Hannón* refleja los inicios de esta política colonizadora en las costas marroquíes desde el siglo V. No obstante, la región del Estrecho conserva inicialmente no sólo su estatus de independencia, sino que refuerza considerablemente los vínculos comerciales con Gadir, que se convierte por entonces en la principal potencia del Atlántico promocionando sus propias estructuras productivas de explotación, junto a los sistemas de comercialización global públicos y privados. Andando esta segunda mitad del milenio, las nuevas grandes polis del litoral mediterráneo meridional iniciarán un proceso de consagración local de sus propios intereses, lo que llevará a alguna de ellas a esta-

blecer frentes comunes con Cartago y a alejarse, por ellos, de su tradición común con el mundo de Gadir tal como inicialmente se había configurado.

Este proceso, no obstante, es perfectamente compatible con la innegable irrupción en toda la región del Estrecho de formas y estilos culturales cartagineses y, en general del Mediterráneo Central, como demuestra la adopción de formas lingüísticas documentadas en la epigrafía, así como de formas arquitectónicas, iconográficas y materiales contrastadas como los quemaperfumes de cabeza femenina. También podríamos documentar esta influencia púnica en la organización política como la adopción en *Volubilis* de un colegio de sufetes desde el siglo III a.n.e, así como la tendencia a la construcción de un estado púnico-mauritano de fundamento monárquico desde estas mismas fechas hasta la conquista romana. Pero hasta la llegada de Roma, y en parte incluso más tarde gracias a su reconocimiento estatutario, Gadir siguió siendo la capital del mundo extremo-occidental y sus dominios siguieron siendo básicamente atlánticos.

Juan Carlos Domínguez Pérez
Editor científico
24 de enero de 2011

BIBLIOGRAFÍA

- A.A.V.V. (1979): «Hacia una arqueología social (reunión en Teotihuacán, octubre de 1975)». *Nueva Antropología* 12: 65-92.
- ARRUDA, A. M. (2002): *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6 (1999-2000). Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Barcelona.
- ARTEAGA, O. (1992): «Tribalización, jerarquización y estado en el territorio del Algar». *Spal* 1: 179-208.
- ARTEAGA, O. (1994): «La Liga Púnica Gaditana, Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo mediterráneo», en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*. VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1993). Museo Arqueológico de Ibiza. Ibiza: 23-57.

- ARTEAGA, O. (1995): «Paradigmas historicistas de la civilización occidental. Los fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía». *Spal* 4: 131-171.
- ARTEAGA, O. (2000): «La sociedad clasista inicial y el origen del Estado en el territorio de El Argar». *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 3: 121-219.
- ARTEAGA, O. (2001a): «El proceso histórico en el territorio de Fuente Álamo. La ruptura del paradigma del Sudeste desde la perspectiva atlántica-mediterránea del Extremo Occidente», en H. Schubart, V. Pingel y O. Arteaga (Eds.), *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Junta de Andalucía. Sevilla: 117-143.
- ARTEAGA, O. (2001b): «La emergencia de la 'polis' en el mundo púnico occidental», en M. Almagro, O. Arteaga, M. Blech et al., *Protohistoria de la Península Ibérica*. Ariel. Barcelona: 217-281.
- ARTEAGA, O. (2002): «Las teorías explicativas de los 'cambios culturales' durante la Prehistoria en Andalucía: nuevas alternativas de investigación», en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*. Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur. Córdoba: 247-311.
- ARTEAGA MATUTE, O. y CRUZ-AUÑÓN BRIONES, R. (1995): «Una valoración del Patrimonio Histórico en el campo de silos de la finca El Cuervo-RTVA (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995». *Anuario Arqueológico de Andalucía* III: 608-616.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M. (1992): «El Proyecto Geoarqueológico de las Marismas del Guadalquivir. Perspectivas arqueológicas de la Campaña de 1992». *Anuario Arqueológico de Andalucía* II: 329-339.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M. (2003): «La investigación protohistórica en Tarsis». *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 6: 137-222.
- ARTEAGA, O., SCHULZ, H.D., ROOS, A. M. (2008): «Geoarqueología Dialéctica en la Bahía de Cádiz», en O. Arteaga y H.D. Schulz (Eds.), *Geoarqueología y proceso histórico en la Bahía de Cádiz*. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 10: 21-116.
- ARTEAGA, O., NOCETE, F., RAMOS, J., RECUERDA, A. y ROOS, A. M. (1986): «Excavaciones sistemáticas en el Cerro de El Albalate (Porcuna, Jaén)». *Anuario Arqueológico de Andalucía* II: 395-400.
- AUBET, M.E. (2000): «Cádiz y el comercio atlántico», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos (Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995)*, vol. I. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz: 31-42.
- BATE, L. F. (1984): «Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial». *Boletín de Antropología Americana* 9: 47-86.
- CALLEGARIN, L. y EL HARRIF, F. Z. (2000): «Ateliers et échanges monétaires dans le 'Circuit du Détroit'». *Anejos del Archivo Español de Arqueología* 22: 23-42.
- CAMPOS CARRASCO, J. M. y GÓMEZ TOSCANO, F. (1995): «El territorio onubense durante el Bronce Final», en *Tartessos 25 años después, 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Biblioteca de Urbanismo y Cultura, 14. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 137-158.
- COSTA CARAMÉ, M.E., DÍAZ-ZORITA BONILLA, M., GARCÍA SANJUÁN, L. y WHEATLEY, D.W. (2010): «The Copper Age Settlement of Valencina de la Concepción (Seville, Spain): Demography, Metallurgy and Spatial Organization». *Trabajos de Prehistoria* 67, 1: 85-117.
- CRUZ-AUÑÓN BRIONES, R. y ARTEAGA MATUTE, O. (1995): «Acerca de un campo de silos y un foso de cierre prehistóricos ubicados en la Estacada Larga (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995». *Anuario Arqueológico de Andalucía* III: 600-607.
- CHAVES TRISTÁN, F. y GARCÍA VARGAS, E. (1991): «Reflexiones en torno al área comercial de Gades: estudio numismático y económico». *Gerión*. Anejos III, Alimenta. Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich: 139-168.
- DOMÍNGUEZ BELLA, S. y MAATE, A., Coords. (2009): *Geología y geoturismo en la orilla sur del Estrecho de Gibraltar*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J. C. (2002): «Historia y Arqueología Social. Por qué una teoría y una ideología contra la desigualdad». *Revista Atlántica-Mediterránea de Arqueología Social* V: 273-301.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J. C. (e.p.): «Gadir: un modelo de estado. Evolución histórica en el período postcolonial y en el discurso historiográfico».

- Comunicación presentada al VI Coloquio Internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. *Los púnicos en Iberia: proyectos, revisiones, síntesis* (Sevilla, 30 de septiembre, 1 y 2 de octubre de 2009).
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y RODERO, A. (1995): «El Círculo del Estrecho veinte años después», en E. Ripoll y M.F. Ladero (Eds.), *Actas del II Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»* (Ceuta, 1990), vol. II. UNED. Madrid: 3-20.
- GÁNDARA, M. (1993): «El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la Arqueología Social». *Boletín de Antropología Americana* 27: 5-20.
- HOFFMANN, H. y ARTEAGA MATUTE, O. (1999): «Dialéctica del proceso natural y sociohistórico en las costas mediterráneas de Andalucía». *Revista Atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2: 13-121.
- HUNT ORTIZ, M. A. (1995): «El foco metalúrgico de Aznalcázar, Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del suroeste de la Península Ibérica», en *Tartessos 25 años después, 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Biblioteca de Urbanismo y Cultura, 14. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 447-473.
- LÓPEZ ALDANA, P. y PAJUELO PANDO, A. (2001): «Estrategias político-territoriales de un poder central: el Bajo Guadalquivir en el III milenio a.n.e.». *Revista Atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología social* IV: 207-227.
- MAJDOUB, M. (2004): «Note sur les niveaux maurétaniens dans les régions de Tétouan et de Tanger». *Bulletin d'Archéologie Marocaines* XIX: 271-284.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1997): «Cambio de rumbo. Interacción comercial entre el Bronce Final atlántico ibérico y micénico en el Mediterráneo Central (1425-1050 a. C.)». *Trabajos de Prehistoria* 54, 2: 113-134.
- MORÁN, E. (2001): «Aproximación al estudio geoarqueológico de Alcalar (Portimao, Portugal) en el III milenio a.n.e.: evidencias arqueológicas de la existencia de una sociedad clasista inicial». *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4: 169-205.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M. (2001): «El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de 'Círculo del Estrecho'». *Gerión* 19: 313-354.
- NOCETE CALVO, F. (1984): «Jefatura y territorio: una visión crítica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9: 289-304.
- NOCETE CALVO, F. (1989): *El espacio de la coerción. La transición al Estado en las campiñas del Alto Guadalquivir (España). 3000-1500 a. C. B.A.R., International Series n° 492. Oxford.*
- NOCETE, F. (1994): *La formación del Estado en Las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e.)*. Monográfica Arte y Arqueología 23. Universidad de Granada. Granada.
- NOCETE, F., Coord. (2004): *Odiel. Proyecto de investigación arqueológica para el análisis del origen de la desigualdad social en el Suroeste de la Península Ibérica*. Arqueología Monografías. Junta de Andalucía. Sevilla.
- PELLICER CATALÁN, M. (1995): «Balance de 25 años de investigación sobre Tartessos (1968-1993)», en *Tartessos 25 años después, 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Biblioteca de Urbanismo y Cultura, 14. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 41-71.
- PEREA, A. y ARMBRUSTER, B. (1998): «Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de 'El Carambolo', Sevilla». *Trabajos de Prehistoria* 55, 1: 121-138.
- PONSICH, M. (1967): *Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger*. Études et Travaux d'Archéologie Marocaine III. Tánger.
- PONSICH, M. (1970): *Recherches Archéologiques á Tanger et dans sa région*. Centre National de la Recherche Scientifique. París.
- RAMOS, J. (2004): «El poblamiento calcolítico en la Banda atlántica de Cádiz. Aproximación a la sociedad clasista inicial del IIIer. milenio a.n.e.», en *Las primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*. Fundación Cueva de Nerja. Málaga: 352-360.
- RAMOS, J. (2008): «La investigación en la Prehistoria del norte de Marruecos en la primera mitad del siglo XX. Aproximación, contexto histórico y enfoques metodológicos», en J. Beltrán y M. Habibi (Eds.), *Historia de la arqueología en Marruecos en época del Protectorado*. Universidad Internacional de Andalucía. Sevilla: 135-176.
- RAMOS, J., DOMÍNGUEZ-BELLA, S. y MORATA, D. (1998): «Alternativas no adaptativas para la integración de técnicas mineralógicas y petrológicas dentro de una Arqueología como pro-

- yecto social». *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 1: 223-239.
- RAMOS, J., PÉREZ, M., VIJANDE, E. y CANTILLO, J. J. (2008a): «La formación social clasista inicial en la banda atlántica de Cádiz», en J. Ramos (Coord.), *Memoria del proyecto de investigación: La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz*. Arqueología Monografías. Junta de Andalucía. Sevilla: 351-377.
- RAMOS, J., PÉREZ RODRÍGUEZ, M., DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. y VIJANDE, E. (2008b): «El africanismo en los estudios pre y protohistóricos. La aportación de Miguel Tarradell», en D. Bernal, B. Raissouni, J. Ramos, M. Zouak y M. Parodi (Eds.), *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz - Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz. Madrid: 105-141.
- RAMOS, J., DOMÍNGUEZ-BELLA, S. y PÉREZ, M. (2010): «Conceptual framework and archaeological data of the Initial Classist Society in the Atlantic Band of Cadiz (SW Spain) in 3rd and 2nd millennia BC», en D. Calado, M. Baldia y M. Boulanger (Eds.), *Monumental Questions: Prehistoric Megaliths, Mounds, and Enclosures*. Proceedings of the XV World Congress (Lisbon, 4-9 September 2006). B.A.R., International Series n° 2123. Oxford: 161-167.
- ROOS, A. M., SCHULZ, H.D., ARTEAGA, O., SCHULZ, H. (1995): «El problema del «Lacus Ligustinus»: investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir, en *Tartessos 25 años después, 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Biblioteca de Urbanismo y Cultura, 14. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 99-135.
- RUIZ MORENO, M.T. (1989): «Excavación arqueológica de urgencia en Valencina de la Concepción, urbanización La Cima (Sevilla), 1989-1990.» *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989: 461-464.
- SÁEZ ROMERO, A.M., DÍAZ RODRÍGUEZ, J.J. y SÁEZ ESPLIGARES, A. (2004): «Nuevas aportaciones a la definición del Círculo del Estrecho: la cultura material a través de algunos centros alfareros». *Gerión* 22, 1: 31-60.
- SANTANA FALCÓN, I. (1991): «Excavación arqueológica de urgencia en El Algarrobillo, Valencina de la Concepción (Sevilla).» *Anuario Arqueológico de Andalucía* III. Actividades de Urgencia: 548-553.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «El mundo de las colonias fenicias occidentales», en *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)* (Cuevas del Almanzora, Junio de 1984). Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Madrid: 499-525.
- SENNA-MARTÍNEZ, J.C. (1995): «No Alvorecer da Vida Urbana: Bronze Final e presenças orientalizantes no Centro de Portugal», en *Portugal e o Mundo, do Passado ao Presente*. Actas do 1º Curso de Verão de Cascais. Câmara Municipal de Cascais. Cascais: 63-84.
- SENNA-MARTÍNEZ, J.C. (2000): «O problema dos primeiros ferros peninsulares em contextos do Bronze Final da Orla Atlântica: os dados do «Outeiro dos Castelos de Beijós» (Carregal do Sal)». *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 6: 41-58.
- SENNA-MARTÍNEZ, J.C. (2005): «O outro lado do comércio orientalizante: Aspectos da produção metalúrgica no pólo indígena, o caso das Beiras Portuguesas». *Anejos del Archivo Español de Arqueología* 35: 901-910.
- VARGAS ARENAS, I. (1986): «Sociedad y naturaleza: en torno a las mediaciones y determinaciones para el cambio en las formaciones económico-sociales». *Boletín de Antropología Americana* 13: 65-74.